

Personajes cinéfilos en la pantalla



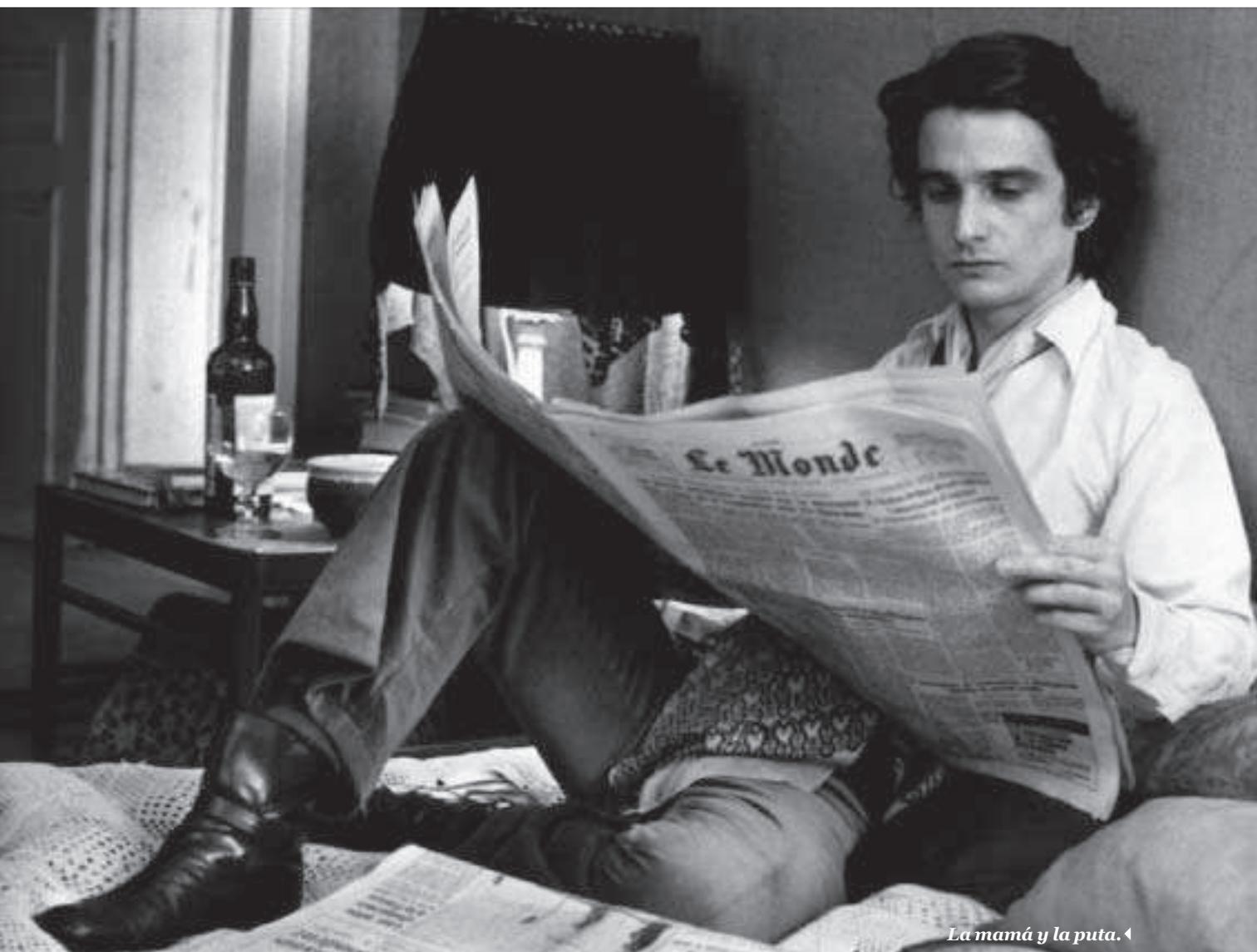
Mónica Delgado

Seguro que si hubiera más personajes como estos en la vida real, a pesar de su ironía, cinismo o frescura, se sentiría una vitalidad cinéfila, como aquella de los años sesenta o setenta, de cineclubes, de cinematecas, de lecturas y conversas atroces sobre cine. Una búsqueda nostálgica de tiempos no vividos por las actuales generaciones. No me refiero a ser cinéfilo y crítico de cine solamente, sino a ser cinéfilo y cinéfilo. En esta selección de personajes cinéfilos dilectos se hace mención de cómo en ellos el cine está metido en la médula de la vida misma: protagonistas hechos con cine.

El teórico Peter Wollen, en un discurso dado en homenaje a Serge Daney, señaló que la cinefilia es “una obsesiva fascinación por el cine, hasta el punto de permitirle dominar tu vida [...] como el síntoma de un deseo de permanecer dentro de la visión infantil

del mundo, siempre fuera, siempre fascinado por un misterioso drama paterno, siempre buscando dominar la propia ansiedad mediante la repetición compulsiva”. Siguiendo esta premisa, mi manera de entender la cinefilia es como una suerte de bio-

grafía de esta dominación, un relato de la fascinación por las imágenes que trasciende el mero recuerdo, la anécdota menuda, para ser parte de la infancia, la adolescencia, la adultez. Me pregunto si mi vida sería la misma si no hubiera visto, a los siete años, *El*



La mamá y la puta. ◀

crystal encantado de Jim Henson y Frank Oz o *Duna* de David Lynch. No hubiera sido lo mismo si mis fantasías de ansiedad liberada no hubieran encontrado un desfogue en el cuerpo alocado de Isabelle Adjani en *Poseción* de Zulawski, o si mi relación con mi madre no hubiera conocido algo de los diálogos poderosos de *Sonata otoñal* de Bergman.

En esta línea evoco a algunos personajes involucrados de diversas maneras con la palabra "cine". Seres que insertan las películas en su mirada cotidiana, distanciada de la imagen del conocedor absoluto *per se* o de los *rara avis*, sino un espectador meticoloso y atento. Pero también están aquellos que padecen de la cinefilia como acto cerebral y reflexivo en un

mundo cínico donde es satirizado. Así, muestro al personaje-espectador apasionado, vital, memorioso, que extrae lo mejor de las películas para interrogarlas, enaltecerlas o destrozarlas sin afán académico ni de figuración; y la presencia del crítico de cine como farsa o posibilidad, como revancha de los mismos cineastas hacia ellos, al colocarlos en entornos viciados a modo de escarmiento.

Qué intenciones hay en narrar una historia de personajes cinéfilos. Por qué Woody Allen, dentro de una de sus cintas, arranca al protagonista de un filme en blanco y negro y lo sumerge en la realidad a colores de una simple espectadora, a quien le dice: "¿Y el fundido a negro? ¿Haces el amor sin fundido a negro?". Qué intenciones

tiene Wim Wenders en plasmar la historia de un mecánico de proyectores que va de pueblo en pueblo y de cine en cine. Qué hay del personaje de Fele Martínez en *Tesis* de Alejandro Amenábar, fanático de las rarezas y el porno.

Me centro en unos pocos personajes cinéfilos contruidos con la intención de equiparar la realidad y confrontarla. Es así como recuerdo a Jean Pierre Léaud, encarnando al bohemio y febril Alexander en *La mamá y la puta* (1973), quien señala en uno de sus diálogos: "¿Te acuerdas de aquella película donde aparece Michel Simon diciendo 'Miren a la mujer infiel, miren al amigo traidor', con esa grandilocuencia un poco ridícula que otorga el sufrimiento?". Primero, ahora que



En el transcurso del tiempo. ◀



Un autre homme. ▶



Tesis. ◀

lo menciono, ya nadie recuerda a Michel Simon, salvo los que amamos a *L'Atalante* (hay notables actuaciones de Simon en filmes de Clair, Renoir o Carné, pero su papel en la cinta de Jean Vigo es más que recordable). Segundo, la voz de Alexander puede ser la voz de Jean Eustache, el director, quien revisita ese fragmento en una escena de fría despedida amorosa a modo de guiño cinéfilo. Tercero, el cine sobre cine, ya que Léaud no solo evoca un diálogo sino también el contexto de otro filme que le inspira una mofa sutil hacia sí mismo frente a la indiferencia de una amante que lo rechaza.

En el cine abundan los guiños, los cameos, las citas; sin embargo, la galería de protagonistas sólidos que se inspiran en la cinefilia tiene su toque particular. Los personajes cinéfilos arrastran a decenas de otros nexos, a fragmentos de la historia del cine, hacia actores y cineastas ausentes, a escenas perdidas en el tiempo (como en *A prueba de muerte* de Quentin Tarantino) y a conocer, recordar o parafrasear diálogos que no encontraron lugar en nuestra memoria. Sus pensamientos deambulan en el marco del imaginario filmico, su moral es como la que ejercen los protagonistas de otros filmes, los antihéroes, en decenas de casos. Pero en suma resultan visiones sublimadas de los mismos cineastas, de su necesidad de rendir culto u homenaje a sus filias, a sus inspiraciones.

A continuación cuatro personajes críticos de cine y cinéfilos románticos, en el estricto sentido de la palabra. Cinismo, soberbia, locura pero también pasión y perseverancia por un ejercicio que va perdiendo su "aura" de butaca.

Chema en *Tesis* de Alejandro Amenábar

Una colección de porno: *hardcore*, *gonzo*, *lolicon*, *barely legal*, es su más grande orgullo, y es lo primero que Chema muestra a Ángela, quien lo visita en su casa de aspecto lóbrego y viejo, la protagonista a la caza de los autores de unos videos *snuff* que acaba de encontrar como parte de una investigación. Chema es un sospechoso más, quién sabe si alterado por todo el

gore, el *slasher*, el *survival*, el *giallo*, que ha devorado como cinéfilo, pueda ser el ejecutor de decenas de víctimas frente a una cámara de video. Para el espectador común y corriente, Chema puede resultar alguien con el gusto y la mente trastornada.

El diseño que hace Aménabar del personaje posee lugares comunes sobre la imagen que tenemos del fanático del cine *trash* y de serie Z: amante de la música *thrash* o *death metal*, usa polos negros o tiene un estilo *grunge*, usa el cabello largo y se muestra ácido y malhumorado. Aunque bajo esa predilección por lo oscuro, lo lleve a aparentar una imagen de *nerd*. Una idea de alguien *freaky* que pudiera en el fondo estar al margen de lo sano y cuerdo.

Chema, un estupendo Fele Martínez, aparece como un personaje ávido de vivir lo que sucede en las películas que admira y se muestra totalmente apasionado en su afición. Chema es el tipo de cinéfilo aislado, de videos y películas vistas en una habitación a puerta cerrada. El cine que ama está al margen del “sistema”, incluso siente fascinación por lo artesanal y lo “mal hecho”, por eso su familiaridad con el tema oscuro del *snuff*. Es un tipo de espectador masificado por el VHS o el DVD, lejos del cinéfilo de la butaca de la cinemateca y de la conversa. Es el cinéfilo ensimismado y actual.

François en *Un autre homme* de Lionel Baier

Esta película cae como una bofetada. El protagonista, François, es un joven desempleado que vive con su novia y que no sabe nada de cine, pero que por conseguir trabajo se propone como redactor sobre películas en una revista del pueblo donde vive, en Suiza. Comienza a plagiar textos enteros de la revista parisina de cine *Travelling* hasta que es descubierto y forzado a cambiar de ambiente debido a su mala fama. Poco a poco acude a la cinemateca de Lausana, compra más publicaciones y se va imbuyendo en ese universo nuevo que le hace ganar dinero. Es dentro de una sala de cine, en medio de la oscuridad, donde conoce a una crítica de cine afamada, Rosa, de quien no solo queda prendado sino que establece una relación amorosa clandestina y bizarra.

En esta cinta en blanco y negro del suizo Lionel Baier del año 2008, François es un personaje cínico, arribista y hábil. Prefiere plagiar que escribir una crítica favorable de las películas que se proyectan en el barrio. Baier detalla a través del entorno de la amante madura y calculadora, como una disociación de la sublimación de la cinefilia, la crítica de cine, como cualquier oficio periodístico, donde los redactores van al cine casi por costumbre, tienen tertulias apasionadas, entrevistan a sus ídolos, son amigos de los mismos cineastas y se maltratan entre ellos. Una hoguera de vanidades.

Guy Moscardo en *Les Sièges d'Alcazar* de Luc Moullet

Esta cinta espléndida de solo 54 minutos es una delicia. Guy Moscardo (Olivier Maltinti) es un crítico de *Cahiers du Cinéma* que se suele sentar con frecuencia en las butacas de las primeras filas del cine Alcázar, ya que cuestan más barato. Acude con sus amigos a una retrospectiva del director italiano (hasta en ese entonces un desconocido para mí), Vittorio Cottafavi, un maestro del *peplum*. Es allí que conoce a la joven crítica de cine de *Positif*, la gran contrincante de la emblemática *Cahiers*, Jeanne Cabalero (Elizabeth Moreau), y que según Moullet se inspiró en la controvertida cineasta y revolucionaria Michèle Firk (quien se suicidó en Guatemala). Cabalero detesta a Cottafavi por anacrónico y reivindica a Antonioni por moderno, mientras que Guy rechaza a Antonioni por ser calco de Cottafavi, un verdadero genio, no como los nuevos directores de un cine artificioso, pueril, sin aportes.

Los diálogos son hilarantes, como cuando Guy señala que Antonioni no sería nada sin la enseñanza de Cottafavi, ya que basta recordar que hasta Michelangelo se jaló al músico Fusco para sus películas, cuando ya este había colaborado con el maestro italiano. Hasta en eso se copiaba. En Antonioni no hay originalidad, revela.

Lo más interesante de *Les sièges de l'Alcazar* es ironizar sobre la actividad del crítico de cine a partir de sus propios mitos: aceptar una película

como buena solo por tener el nombre de una cineasta de prestigio, satirizar sobre los juicios de valoración antojadizos o la búsqueda de nuevos padres filmicos como modo de diferenciación frente a la novedad, por ejemplo. Historia que no nos resulta ajena.

Bruno Winter en *En el transcurso del tiempo* de Wim Wenders

La primera escena es genial: Bruno conversa con un anciano, dueño de una sala de cine, mientras repara el proyector, en un pueblo de Alemania. El hombre mayor le cuenta que en la época del cine mudo él era un “músico de cine”, uno de aquellos que tocaban el piano mientras se proyectaba la película. “Eso no era cine sonoro”, le dice con un tono amargo, pues la verdadera llegada del cine sonoro lo dejó sin trabajo. Y la misma desazón se destila secuencias más adelante, en el epílogo, cuando Bruno se encuentra con un proyccionista, ya mayor, quien declara que “el cine ha muerto”: “El cine es [...] el arte de ver, decía mi padre. Por esto no puedo pasar estas películas que sólo explotan aquello que es explotable en la cabeza y en los ojos de la gente. No me obligarán a proyectar películas de las que la gente sale endurecida y embrutecida por la estupidez. Películas que destruyen cualquier alegría de vivir y anulan cualquier sentimiento hacia el mundo y hacia ellos mismos [...]”.

En el transcurso del tiempo es la cinta homenaje a Fritz Lang que realiza Wenders. Mientras Winter conversa con estos dos ancianos, vinculados a una visión romántica del cine, se menciona a *Los nibelungos* y se muestra una foto del ausente. Ambos diálogos se desarrollan en la cabina de proyección, lugar íntimo y solitario (como en *Bastardos sin gloria* de Tarantino, el lugar de ejecución de la venganza, el lugar “esencial” de Shosanna), desde donde se reclama un mejor futuro para la reflexión del cine frente a la hegemonía industrial de Hollywood, el fantasma. Si Winter está tratando de resolver los dilemas interiores, la posibilidad de la muerte del cine, ese ser y no ser, es el drama paralelo de su *road movie* interior. ◻